



Envejecimiento activo y participación política

Imanol Zubero Beaskoetxea

Universidad del País Vasco.

Grupo de investigación CIVERSITY - UPV/EHU. Miembro de la comisión de expertos de la iniciativa Gobernantza +65, Gobierno Vasco.

RESUMEN

Aunque la edad empieza a considerarse una de las *cleavage* más influyentes en los procesos políticos de la actualidad, la participación política está ausente de las aproximaciones más comunes al envejecimiento activo. Podríamos hablar de un modelo despolitizado de envejecimiento activo. En este artículo se analiza esta ausencia de la dimensión política, sus consecuencias, y se reivindica una repolitización del paradigma del envejecimiento activo en clave intergeneracional.

Palabras Clave: Envejecimiento activo, participación política, repolitización, intergeneracionalidad.

Active ageing and political participation

ABSTRACT

Although age begins to be considered one of the most influential cleavage in political processes today, political participation is absent from the most common approaches to active ageing. We could talk about a depoliticized model of active ageing. This article analyzes this absence of the political dimension, its consequences, and claims for a repolitization of the paradigm of active ageing from an intergenerational key.

Keywords: Active ageing, political participation, repolitization, intergenerational.

Dedico esta reflexión a la memoria de Sabin Ipiña Hormaetxea (1934-2017), incansable luchador por los derechos de las personas mayores, presidente del Consejo de Personas Mayores de Bizkaia.

1. ¿Envejecimiento activo sin participación política?

Como es de sobra conocido, la Organización Mundial de la Salud (OMS) define el *envejecimiento activo* como el “proceso de optimización de las oportunidades de salud, participación y seguridad con el fin de mejorar la calidad de vida a medida que las personas envejecen”. De lo que se trataría es de permitir a todas las personas realizar su potencial de bienestar físico, social y mental a lo largo de todo su ciclo vital y participar en la sociedad de acuerdo con sus necesidades, deseos y capacidades, mientras que les proporciona protección, seguridad y cuidados adecuados cuando necesitan asistencia. El término *activo* hace referencia a una “participación continua en las actividades sociales, económicas, culturales, espirituales y cívicas, no sólo a la capacidad para estar físicamente activo o participar en el mercado de trabajo” ([Organización Mundial de la Salud, 2002, p.99](#)). Llama la aten-

ción la ausencia, en esta y en otras caracterizaciones “canónicas” del envejecimiento activo, de cualquier referencia a la dimensión explícitamente política de esta participación. Y ello, a pesar de que la “participación política” (definida como porcentaje de población mayor de 55 años que participa en diversas formas de actividad política, desde manifestaciones a peticiones por correo electrónico) sea uno de los indicadores del Active Ageing Index ([UNECE/ European Commission, 2015](#)).

Pero cuando la OMS despliega las actividades participativas que comprende esta dimensión social del envejecimiento activo, se indican las siguientes: “Además de continuar siendo activo físicamente, es importante permanecer activo social y mentalmente participando en: actividades recreativas, actividades con carácter voluntario o remuneradas, actividades culturales y sociales, actividades educativas, vida diaria en familia y en la comunidad” ([Equipo de Envejecimiento y Ciclo de Vida de la OMS, 2001](#)); o de “participación continua en las cuestiones sociales, económicas, culturales, espirituales y cívicas” ([Organización Mundial de la Salud, 2002](#)).

Participación en cuestiones sociales, educativas, económicas, culturales, recreativas, voluntarias, cívicas y hasta espirituales.

¿Y políticas? Son excepcionales las propuestas que contemplan explícitamente el impulso de la participación política de las personas mayores, y cuando lo hacen se limitan a ponderar la labor de organizaciones exclusivamente compuestas por personas mayores –como es el caso de las asociaciones organizadas en la Federación Internacional de Asociaciones para las Personas Mayores (FIAPA, 2002)-, dedicadas a influir en las agendas institucionales con el objetivo de incorporar a las mismas cuestiones limitadas a la defensa de intereses específicos (UNECE, 2009). Cuando se analizan los posibles espacios de participación social de las personas mayores se evita cualquier referencia expresa a los partidos políticos, como mucho se cita a los movimientos sociales (Prieto, Herranz y Rodríguez, 2015) y, sobre todo, se reivindican los beneficios del asociacionismo y el voluntariado, ampliamente estudiados y explícitamente recomendados (AGE Platform Europe, 2011; Bazalgette, Holden, Tew, Hubble y Morrison, 2011; Funes, 2010, 2011; Martínez, Díaz y Sánchez, 2006; Martinson y Minkler, 2006)).

Desde esta perspectiva, las personas mayores “activas” son reivindicadas en todas las facetas de la vida adulta (económica, lúdica, cultural, sexual, deportiva, relacional, etc.), de las que no tendrían por qué “retirarse”, salvo en lo que se refiere a la dimensión explícitamente política. Se plantea incluso la paradoja de que en el *Libro Blanco sobre Envejecimiento Activo* se hable de reconocer y valorar la “riqueza de prácticas participativas, tratando de ir más allá de la lógica que vincula participación sólo a espacio público y a instituciones, y poniendo más el énfasis en la fuerza y significación de los vínculos o de las interacciones sociales como palanca de autonomía y de bienestar” (IMSERSO, 2011, p.326). Es como si la participación política convencional, en partidos y otras organizaciones expresamente orientadas al logro de poder institucional con el fin de desarrollar determinadas políticas públicas se diera por supuesto. Como si la participación social de las personas mayores se estuviera realizando “sólo” en el espacio de la política institucionalizada. Como si hubiera que recordar a unas personas mayores demasiado atadas a una lógica de participación política clásica que existen también otras formas de ejercicio de esta participación. Nada más lejos de la realidad.

Como veremos más adelante, la participación política de las personas mayores está muy lejos de ser una realidad generalizada y carente de aspectos críticos. Más bien al contrario, lo que tenemos es una realidad, como señala Joan Subirats en su aportación al Libro Blanco, en la que “se considera a las personas mayores como objeto de atención, más que como sujetos dotados de autonomía, y mucho menos como personas capaces de desarrollar críticamente esa autonomía” (IMSERSO, 2011, p.87). Una realidad en la que se piensa, cada vez más, “en lo que la política institucionalizada puede hacer por los mayores, en particular, y por una sociedad que envejece, en general”, pero desestimando “el componente político de la participación del colectivo en cuestión” (Durán, 2002). Todo para las personas mayores, pero sin contar con las propias personas mayores. Despotismo ilustrado para mayores de 65 años. Qué oportuna, en este contexto, la metáfora de “la última bastilla” utilizada por Gil Calvo para reivindicar la plena inclusión política de las personas mayores:

¿Por qué recorro a la metáfora de ‘la última bastilla’? Sobre todo, mi intención es aludir a la conveniencia, si es que no a la necesidad, de que toda persona se sienta moralmente obligada, cuando llega a la etapa final de su vida, a resistirse a la exclusión social de la que va a ser objeto, intentando sobreponerse a ella para tratar de conquistar y mantener contra viento y marea la mayor capacidad de autonomía personal y

colectiva, como participante en la activa movilización de sus grupos de coetáneos (Gil, 2004b, p.10).

De ahí la demanda con la que Subirats cierra su aportación al Libro Blanco: afirmar el derecho a la ciudadanía plena y a la participación activa de las personas mayores exige dejar de considerar a estas “simples objetos de atención y de administración”, para reconocer e impulsar su carácter de sujetos imprescindibles “en las dinámicas sociales y políticas de cada ciudad y de cada comunidad” (IMSERSO, 2011, p.98).

2. Del poder gris al presentismo hedonista

En 2003 y 2004, el sociólogo Enrique Gil Calvo reflexionaba sobre la previsible aparición de un “poder gris”, consecuencia del progresivo envejecimiento de las sociedades más desarrolladas. El concepto no era nuevo: surgió en Estados Unidos en los años Setenta (Yelaja, 1989), a finales de los Ochenta empieza a utilizarse en nuestro país (Bazo, 1992; Beaumont, 1988). Su potencial como marco (*frame*) interpretativo, al remitir a otros poderes políticos emergentes, como el *black power* o el *gay power*, es evidente. En opinión de Gil (2004a),

La consecuencia política positiva más importante que cabe esperar del próximo envejecimiento masivo de la población es la recuperación de la voz por parte de la clase de edad anciana, tras muchas décadas de estar enmudecida por la espiral del silencio que siguió a la pérdida del poder por parte de la gerontocracia tradicional. Hasta ahora, y ante la devaluación social de los patrimonios sociales que atesoraban (pues la sociedad de mercado sólo valora los ingresos obtenidos por el trabajo personal acumulado), los ancianos apenas si se atrevían a levantar la voz porque se sentían en condiciones de inferioridad social, dada su escasa cuantía y la abismal brecha de capital humano que les colocaba bajo el poder de sus sucesores. Pero la próxima llegada de masivas generaciones de mayores sobreeducados, nacidos durante el *baby boom*, les proporcionará un poder cuantitativo y cualitativo que les permitirá atreverse por fin a levantar su voz de protesta, reivindicando un trato igualitario.

También Durán consideraba por la misma época que “podríamos estar asistiendo a la emergencia de un nuevo actor político colectivo, en consonancia con la Sociedad de la Información de la que formamos parte o hacia la que transitamos” (Durán, 2002). Sin embargo, tres lustros después y algunos puntos porcentuales de aumento de la población mayor más tarde, la posibilidad de que la (tercera) edad se convierta en un factor político influyente está muy lejos de realizarse.

Hay, es cierto, experiencias y reflexiones al respecto de mucho interés: la Federación Internacional de Asociaciones de Personas Mayores (FIAPA, 2002, 2004) ha dedicado dos de sus cuadernos a la temática del “poder gris”. Poder que, cuando se ha sustanciado, lo ha hecho fundamentalmente en iniciativas de *lobbying* y *advocacy* relacionadas con la defensa de intereses vinculados a la situación de retiro y jubilación, así como en la participación en distintos consejos de carácter consultivo. Es el caso de organizaciones como la estadounidense American Association of Retired Persons (AARP) o la misma FIAPA. Se asimila y reduce la realidad de persona mayor a la condición de persona jubilada. Incluso las iniciativas de carácter político-representativo, en forma de partidos concurriendo a convocatorias electorales, se construyen en torno a la condición de jubilada o pensionista de la persona mayor, con lo que esto supone de sesgo de género, de clase social

de estatus laboral; son los casos, entre otros, del Democratic Party of Pensioners de Eslovenia, el Croatian Pensioners' Party, la holandesa Netherlands General Elderly Alliance (Algemeen Ouderen Verbond, AOV); se trata de partidos que han obtenido representación parlamentaria en algún momento de su historia, pero cuyo recorrido ha sido muy limitado. En febrero de 2000 fue registrado en España un denominado Partido Social de los Mayores (PSMA)... del que nada más se ha sabido.

¿Por qué es tan difícil, casi diríamos que imposible, movilizar políticamente la condición de persona mayor? Los estudios al respecto ponen el énfasis en cuestiones relacionadas con la salud, como obstáculos o barreras a la participación expresamente política (Serrat, Petriwskyj, Villar & Warburton, 2017). Pero la salud puede ser un obstáculo objetivo a partir de una cierta edad (pongamos 75-80 años), pero no antes. Por otra parte, la variable salud no nos permite comprender la diferencia en la tendencia de las personas mayores a participar socialmente, pero no tanto políticamente.

Otras explicaciones giran en torno la prevalencia entre las personas mayores de un cierto presentismo hedonista, de un proyecto vital liberado de deberes hacia el mundo, construido a partir de un cambio radical en las prioridades vitales de estas personas: de vivir para los otros a vivir para sí mismas (Prieto, Herranz y Rodríguez, 2015). Esta explicación es coherente con la tesis del individualismo institucionalizado, formalizada por Beck y Beck-Gernsheim (2003), que en el caso de las mujeres se concreta en la extensión de una nueva filosofía vital idéntica a la que se descubre en el caso de las personas mayores: “de vivir para los demás a vivir la propia vida”. En este marco de sentido, incluso prácticas de participación social desarrolladas por las personas mayores son interpretadas por estas como prácticas “egoístas”, en las que las personas se involucran no solo (o no tanto) por deseo de servir a otros cuanto por encontrar en ellas retornos personalmente valiosos: un espacio de relación social, un motivo para salir de casa, una forma de sentirse útil, etc. (Prieto, Herranz y Rodríguez, 2015, pp. 123-124). De nuevo, esta aproximación a las actividades de voluntariado practicadas por las personas mayores conecta con la teorización de Wuthnow (1996) sobre el voluntariado de la satisfacción como la forma de compromiso social que mejor encaja en sociedades individualistas.

Pero, al igual que ocurría con la variable salud, el proceso de individualización no sirve para explicar la relación que las personas mayores mantienen con la participación política. Si la tesis del individualismo institucionalizado es consistente, lo que esta dibuja es un contexto general que debería condicionar a todas las personas, al margen de su edad. Y ciertamente lo hace, como ya se ha indicado para el caso de las mujeres.

En un contexto sociocultural de individualismo institucionalizado, considerando la salud (asociada al envejecimiento) como una variable interviniente, seguimos necesitando encontrar una explicación satisfactoria de la particular relación que las personas mayores mantienen con la participación política, y del escaso papel que este tipo de participación juega en los planes y programas de envejecimiento activo.

3. La edad como *cleavage*

Porque lo cierto es que la edad se ha convertido en un *cleavage* político de primer orden en las democracias más desarrolladas, como es el caso de la española.

Desde el estudio, ya clásico, de Crittenden (1963), sabemos que las personas mayores participan más en las elecciones, se abstienen menos, expresan mayor proximidad (menos alejamiento) a los partidos políticos y se definen en menor medida

como apolíticos o apolíticas. Desde entonces, diversas investigaciones han descubierto que las personas mayores, en comparación con sus conciudadanos más jóvenes, presentan un fuerte sentimiento de obligación para con el ejercicio del voto (Goerres, 2007, 2009).

Para el caso español, resulta muy ilustrativo consultar el estudio postelectoral realizado por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) tras las elecciones generales de junio de 2016 (Estudio nº 3145; accesible en la web del CIS). Si lo hacemos, comprobaremos que las personas de 65 y más años se muestran más satisfechas con el funcionamiento de la democracia en España, más confiadas en el funcionamiento del Parlamento español y de los partidos políticos, menos influidas por los sondeos preelectorales, más seguras de lo que iban a votar (el 82,4% de las personas mayores tenía decidido su voto, frente al 69,6% de la población y el 54,5% de quienes tienen entre 18 y 24 años) y más convencidas de que votar es un deber (así lo piensa el 42,5% de las personas mayores, frente al 36% de la población total y el 27,9% de las personas de 18 a 24 años).

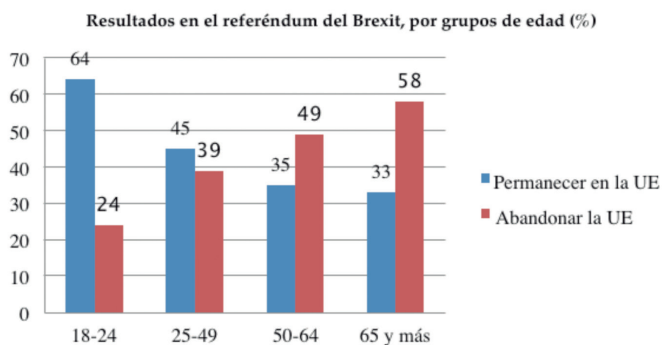
Sin embargo, las investigaciones al respecto nos indican también que las personas mayores participan menos en partidos políticos y sindicatos, expresan menor interés por la política cuando se habla en términos generales y participan menos en todas aquellas acciones políticas que vayan más allá de votar (Castejón y Morán, 2013; Duque y Mateo, 2008; Durán, 2007a; Nygard y Jacobsson, 2013; Quintelier, 2007; Rodríguez, Rodríguez; Servicio de Investigación Social, 2013; Sloam, 2016). De nuevo, el estudio postelectoral del CIS confirma estas tendencias.

No pretendemos en esta reflexión adentrarnos en la comparación entre generaciones o cohortes de edad y sus respectivas prácticas participativas, en la línea de la tesis de Putnam (2002) sobre el “fin de la larga generación cívica” nacida entre 1910 y 1940 y su corolario, el declive generalizado del capital social en las sociedades más desarrolladas. Tesis muy discutida (Morales, 2005), que los datos, al menos en el continente europeo, no permiten sostener sin importantes matices (Putnam, 2003; Kiisel, Leppik y Seppel, 2015). Lo que nos interesa destacar ahora es la brecha generacional que parece haberse abierto en todas las democracias avanzadas, y señalar algunas de sus consecuencias.

En España empezó a hablarse de una “bomba demográfica” con motivo de las elecciones del 20 de diciembre de 2015. En aquel momento, el censo electoral estaba conformado en un 8,2% por personas de 18 a 24 años, porcentaje que apenas aumentaba hasta el 14,5% si ampliáramos la edad joven hasta los 29 años. Por el contrario, prácticamente uno de cada tres españoles con derecho a voto tenía entonces 60 o más años (Sánchez, 2015). En España, esa brecha generacional se expresa en una división clarísima del voto, con el electorado de más edad votando a los “viejos” partidos (PP y PSOE) y el electorado más joven votando por partidos nuevos como Podemos y Ciudadanos (Fernández-Albertos, 2014; Pérez y Llaneras, 2017; Ramos, 2015; Ramos y Rivero, 2016).

En otros países, como en Alemania, se ha analizado la fuerte asociación entre edad y voto a partidos conservadores (Konzelmann, Wagner & Rattinger, 2012). El efecto político de la variable edad es, según diversos estudios, particularmente notable en Estados Unidos y en el Reino Unido (Berry, 2012a; Busemeyer, Goerres & Weschle, 2008) donde, según la politóloga Norris (2017), la ruptura entre votantes jóvenes y viejos podría estar reemplazando a la clase social como elemento configurador de los procesos políticos. Su expresión más conocida y estudiada ha sido el resultado del referéndum sobre la salida del Reino Unido de la Unión Europea, el conocido como Brexit, en el que edad y voto se han correlacionado de manera muy evidente.

Gráfico 1: Resultados en el referéndum del Brexit por grupos de edad. Adaptado de YouGov, 19/06/2016. Fuente: Elaboración propia.



Lo más preocupante es que esta nueva ruptura política entre *baby boomers* (las personas nacida después de la Segunda Guerra Mundial) y *millennials* (aquellas nacidas entre 1980 y 1995) podría estar alimentando algunas de las peores derivas de nuestros sistemas democráticos: nos referimos a ese conjunto de fenómenos contemporáneos que suelen incluirse bajo la categoría de “populismos”, y que prefiguran un escenario de guerra cultural entre las generaciones más jóvenes, partidarias de las tecnologías, el feminismo, la diversidad, el cosmopolitismo, y las generaciones más viejas, que reaccionan con resentimiento frente a todos esos procesos y valores, que generan inseguridad e incertidumbre (Vallespín y Martínez, 2017).

Realidades como esta apuntan hacia escenarios de potencial conflicto intergeneracional, no sólo en el voto, sino en lo que se refiere a la distribución de los recursos públicos (De Mello, Schotte, Tiongson y Winkler, 2016; Hess, Nauman & Steinkopf, 2016; Willetts, 2010) y, en general, en la definición de cuáles deben ser las grandes apuestas políticas de un país. Cuando en una investigación de 2010 se preguntó a las personas que viven en los 27 países de la UE sobre las relaciones actuales entre las generaciones jóvenes y mayores, casi un 70% estimó que es difícil que unas y otras se pongan de acuerdo sobre qué es lo mejor para la sociedad en la que viven (Zaidi, Gasior y Sidorenko, 2010).

Escenarios de conflicto intergeneracional que no son nuevos (Díaz, 1989), pero que se expresan hoy de manera especialmente virulenta. El escritor Ferrero (2013) reflexionaba en un artículo sobre la existencia en España de “una generación que lleva cuarenta años desnortada (...) que se empeña en aniquilar el futuro y reducir a los jóvenes, llenos de ideas y de fiebre creadora, a la angustia y a la indignación (...) una generación de padres saturninos y devoradores de hijos”. Expresión máxima (¿provocación exagerada?) de ese conflicto intergeneracional que, sin embargo, no deja de reflejar procesos reales, como el que señalaba el economista Laborda (2016):

El actual sistema es perverso. Durante la crisis fueron los hogares donde el principal perceptor de renta era un pensionista los que mantuvieron el gasto, y estos pensionistas ayudaron solidariamente a hijos y nietos. Pero son estos pensionistas quienes ahora, a pesar de observar en su vida diaria como hijos y nietos se encuentran sin ningún tipo de expectativas de futuro, los que han votado para que todo siga igual. El 1% de la población española que acumula cada día más riqueza y renta ha encontrado un aliado inesperado en un 30% de la población cuyo núcleo duro son los mayores de 54 años. La razón principal es que hasta ahora sus pensiones no han perdido valor adquisitivo.

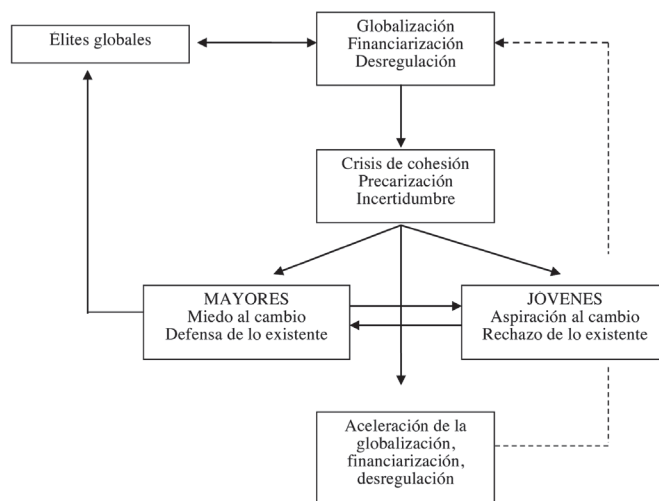
La clave está, en su caso, en ese “hasta ahora”. Porque lo cierto es que esta situación de polarización política en función de la edad, este distanciamiento entre generaciones, esta alianza entre pensionistas y élites globales, no está beneficiando a las personas mayores en su conjunto.

¿Nos enfrentamos a un futuro gerontocrático? Si pensamos en términos de dominio explícito de un grupo social (en este caso, configurado por su edad) frente a otros, habría que decir que no: como señalan Schulz y Binstock (2008) en su estudio sobre los efectos económicos y políticos del envejecimiento en Estados Unidos, puede que esté dominando las personas mayores, pero de un determinado tipo: varones, ricos, vinculados a grupos de poder político. No es la edad, es la clase social. De hecho, en España casi una de cada cuatro personas mayores consideran que sus demandas y necesidades no están recogidas en los programas de los partidos políticos (Rodríguez, Rodríguez, Castejón y Morán, 2013).

Otra cosa es la posibilidad de un dominio político de facto, producto no de una estrategia política concertada sino de la simple aritmética electoral. Si las personas mayores son más y si, como hemos visto anteriormente, son más propensas a votar, las generaciones jóvenes, por su tamaño y por su mayor distanciamiento de los procesos electorales, pueden verse desplazadas de las agendas políticas. Recordemos que en el censo para las elecciones generales de 2016, casi el 25% de las personas con derecho a voto eran mayores de 65 años, mientras que las personas de 18 a 29 años eran tan sólo el 14,5% del censo electoral. Hay autores que consideran que esta desproporción plantea el riesgo de producir una “generation D”, unas cohortes jóvenes privadas (objetiva o subjetivamente) de derechos (*disenfranchised*) en la medida en que su voz desaparece de las instituciones políticas (Berry, 2012b). Y desde Hirschman ya sabemos cuáles son las alternativas a la ausencia de voz en las organizaciones: la salida y la deslealtad.

Nos enfrentamos, por tanto, a un escenario político sumamente complejo y potencialmente conflictivo, en el que las generaciones más jóvenes, sintiéndose desplazadas de las instituciones políticas, responsabilizan de su situación a unas personas mayores que, desconcertadas muchas veces por los cambios políticos y económicos, pueden acabar siendo a la vez cómplices inconscientes de unas políticas que debilitan los derechos sociales y políticos de la mayoría de la población (al margen de su edad) y víctimas de estas mismas políticas.

Gráfico 2: Representación del escenario político mayores vs jóvenes. Fuente: Elaboración propia.



4. Por una repolitización en clave intergeneracional

Según se desprende de la anteriormente citada investigación sobre las relaciones actuales entre las generaciones jóvenes y mayores en la UE, una amplia mayoría de las personas encuestadas opina que el papel de las autoridades públicas para promover las relaciones entre jóvenes y mayores es importante. Casi un 90% estuvo de acuerdo en que las autoridades locales deberían apoyar las asociaciones e iniciativas que fomenten relaciones más fuertes entre jóvenes y mayores; sin embargo, más del 60% consideraba que su gobierno no estaba haciendo un buen trabajo a la hora de promover una mejor comprensión entre jóvenes y mayores (Zaidi, Gasior y Sidorenko, 2010).

Atendiendo a la dimensión socio-política del envejecimiento, es fácil que nos planteemos una asociación de ideas que podemos formular así: a más edad menor activismo social y mayor conservadurismo político. Esta ecuación podrá luego ser objeto de juicios de valor distintos, más o menos positivos o negativos, pero la mayoría estaremos fundamentalmente de acuerdo con ella. Al fin y al cabo –podemos pensar– se trata de una asociación evidente, natural, de sentido común: el envejecimiento siempre ha ido asociado a la moderación política y a la reducción de las actividades en la esfera pública.

¿De verdad es así? Cuando sostenemos la relación envejecimiento/privatización/conservadurismo olvidamos la existencia en todas las sociedades de personas mayores, en ocasiones muy mayores, cuyo compromiso socio-político, en general, o cuya apuesta por la transformación social, en algunos casos, resultan impresionantes. Pensemos en Dolores Ibarruri, Juan Ajuiriagerra, Santiago Carrillo o Manuel Fraga; en Rosa Regás, José Luis Sampedro, José Saramago o Ernesto Sábato; en Enrique Miret Magdalena o Teresa de Calcuta; en Nelson Mandela... Todas ellas, y como ellas muchas más, son personas que habiendo superado, en algunos casos muy ampliamente, los 70 años de edad, no por ello dejaron de participar muy activamente en su entorno socio-político. Recordemos también que una de las reivindicaciones más características de estos últimos, años, la de “¡Indignaos!”, surgió de la propuesta de un anciano, Stéphane Hessel, nacido en 1917. O consideremos, por aterrizar en el aquí y ahora, que las “alcaldías del cambio” están hoy simbolizadas por dos mujeres, una de 43 años, otra a punto de cumplir 74 años.

La relación supuestamente natural entre envejecimiento, privatización vital (abandono del espacio público) y pasividad sociopolítica puede y debe ser muy matizada. Resulta imprescindible dejar de pensar en la edad como si de un simple hecho de naturaleza se tratara. Es, naturaleza, evidentemente, es biología, pero también es un hecho histórico y social. Ser viejo no significa ser algo perfectamente identificable, siempre igual en todo tiempo y en todo lugar. Muchas de las que hemos considerado y aún consideramos características distintivas de las personas ancianas no son, en realidad, efectos que puedan ser explicados en función de su edad, sino de su pertenencia a una determinada cohorte generacional. Cuando quienes que hoy son jóvenes lleguen a viejos, lo serán de una forma muy distinta de la que lo están siendo los viejos de hoy, que a su vez lo son de manera diferente a la que lo fueron sus progenitores.

Siguiendo la perspectiva APC (las siglas de *Age, Period and Cohort*) (Erkulwater, 2012), hay periodos históricos que producen unas determinadas estructuras de oportunidad política que se sobreponen a los efectos de la edad o la generación (Ahmed-Mohamed, 2017; Galais, 2012). El próximo año recordaremos el cincuenta aniversario de 1968: ¿acaso no existe un cierto aire de familia que nos permite identificar a esos *soixante-huitards* que

el diccionario Larousse define como “persona que participó activamente en los acontecimientos de mayo de 1968, o que se ha adherido a las ideas contestatarias de aquella época? Existen acontecimientos que marcan a las distintas generaciones, dotándolas de unas actitudes políticas peculiares y duraderas. ¿Podiera ser que hoy nos encontremos viviendo uno de esos periodos de largo efecto sobre todas las generaciones que los experimentan? Me refiero a la última crisis de 2008, pero no sólo. Es más profundo, tanto, que en su último y póstumo libro, Ulrich Beck habla de la “metamorfosis del mundo”.

En 2012 el historiador Niall Ferguson sostenía en una conferencia para BBC que “el mayor desafío al que deben hacer frente las democracias maduras es cómo restaurar el contrato social entre generaciones” (<http://www.bbc.co.uk/programmes/b01jms03>). Seguramente sean muchos los “mayores desafíos” a los que hemos de enfrentarnos en los próximos años pero, ciertamente, el señalado por Ferguson es uno de ellos. Las problemáticas que hoy amenazan a las personas mayores y a las jóvenes responden en casi todos los casos a causas comunes, son acumulativos (los problemas de las unas agravan los de las otras) y no tienen solución competitiva (no es posible resolver los problemas de unas cargando los costes sobre las otras). Pensemos en la sostenibilidad de las pensiones y su íntima relación con la precarización del mercado de trabajo al que acceden las personas jóvenes; o en la crisis de los cuidados, que afecta tanto a las personas sobrevenecidas como a las parejas en situación de crianza. Tal vez por ello la temática de la equidad intergeneracional como base para un nuevo contrato social ha vuelto a formar parte de la agenda de investigación y del debate público en muchos países (Hastrup, 2008; Wisensale, 2013).

Es urgente introducir la perspectiva intergeneracional en los procesos políticos de toma de decisiones (González-Ricoy, 2016). Pero esto no será posible si no se produce un empoderamiento político de las personas mayores. Sin este empoderamiento, el vaciamiento de nuestras democracias no hará sino profundizarse. Y en esta tarea adquiere especial relevancia la performatividad del concepto de envejecimiento activo. Seguir usándolo como se hace en la mayor parte de los documentos y programas oficiales, sin incluir la dimensión expresamente política, significa renunciar en la práctica a conseguir avances sustanciales en esta dirección. Pues, como se ha dicho, aunque son muchas las organizaciones sociales que trabajan en este sentido, “es al Estado al que compete como obligación” (Durán, 2007b, p. 300).

Referencias bibliográficas

- AGE Platform Europe (2011). *How to promote active ageing in Europe. EU support to local and regional actors*. Bruxelles: Committee of the Regions.
- Ahmed-Mohamed, K. (2017). Actitudes hacia la participación ciudadana en personas mayores. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 160, 3-18. <http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.160.3>
- Bazalgette, L., Holden, J., Tew, P., Hubble, N. & Morrison, J. (2011). *Coming of Age*. London: Demos.
- Bazo, M^a T. (1992). La nueva sociología de la vejez: de la teoría a los métodos. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 60, 75-90.
- Beaumont, J.F. (1988). El poder gris. *El País*, 28 febrero.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Berry, C. (2012a). How the growing grey vote could undermine British democracy. *Open Democracy*, 30 April.

- Berry, C. (2012b). The rise of gerontocracy? Addressing the inter-generational democratic deficit. *Intergenerational Foundation*, May.
- Bussemeyer, M.R., Goerres, A., & Weschle, S. (2008). Demands for Redistributive Policies in an Era of Demographic Aging: The Rival Pressures from Age and Class in 15 OECD Countries. *MPIfG Discussion Paper 08/3*. Cologne: Max Planck Institute for the Study of Societies.
- Crittenden, J. (1963). Aging and Political Participation. *The Western Political Quarterly*, 16(2), 323-331.
- De Mello, L., Schotte, S., Tiongson, E.R., y Winkler, H. (2016). Greying the Budget: Ageing and Preferences over Public Policies. *IZA Discussion Paper*, 9681. Bonn: Institute for the Study of Labor.
- Díaz, M. (1989). Envejecimiento de la población y conflicto entre generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 45, 85-113.
- Duque, J.M., y Mateo, A. (coords.) (2008). *La participación social de las personas mayores*. Madrid: IMSERSO.
- Durán, R. (2002). Sociedad de la Información, mayores y movilización política. *Revista Electrónica de Geriátria y Gerontología*, 4(2).
- Durán, R. (2007a). La democracia de nuestros mayores. Compromiso cívico y envejecimiento en España. *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 6(2), 91-105.
- Durán, R. (2007b). Envejecer y empoderar. Una propuesta analítica. *Revista Española de Geriátria y Gerontología*, 42(5), 293-301.
- Equipo de Envejecimiento y Ciclo de Vida de la OMS (2001). *El Abrazo Mundial*. Ginebra: Organización Mundial de la Salud.
- Erkulwater, J.L. (2012). Political Participation over the Life Cycle. En K.L. Schlozman, S. Verba y H.E. Brady (eds.). *The Unheavenly Chorus: Unequal Political Voice and the Broken Promise of American Democracy* (pp. 199-231). Princeton: Princeton University Press.
- Federación Internacional de Asociaciones de Personas Mayores -FIAPA- (2002). ¿El poder gris? Volumen I: Poder e influencia política. *Los Cuadernos de la FIAPA*.
- Federación Internacional de Asociaciones de Personas Mayores (FIAPA) (2004). ¿El poder gris? Volumen II: influencias económicas y sociales. *Los Cuadernos de la FIAPA*, 3.
- Fernández-Albertos, J. (2014). Dime tu edad y te diré qué votas. *El Diario*, 29 mayo.
- Ferrero, J. (2013). La era de Saturno. *El País*, 4 agosto.
- Funes, M^a. J. (2010). Asociarse a partir de los sesenta. Ciudadanos activos, representantes políticos, personas comprometidas... ancianos saludables. *Panorama social*, 11, 76-90.
- Funes, M^a. J. (2011). La participación en asociaciones de la población mayor de sesenta y cinco años en España. Análisis de sus efectos e indicaciones para las políticas públicas sectoriales. *Revista Internacional de Sociología*, 69(1), 167-193. DOI: 10.3989/ris.2009.04.14
- Galais, C. (2012). Edad, cohortes o período. Desenredando las causas del desinterés político en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 139, 85-110.
- Gil, E. (2003). *El poder gris*. Barcelona: Mondadori.
- Gil, E. (2004a). El poder gris. Consecuencias culturales y políticas del envejecimiento de la población. *Revista ICE*, 815.
- Gil, E. (2004b). La última Bastilla: de cómo luchar contra la discriminación de los Mayores. En *Las personas mayores en el umbral del siglo XXI. El empoderamiento y la participación social Una llamada desde las personas mayores a la sociedad*. Bilbao: Hartu-Emanak.
- Goerres, A. (2007). Why are Older People More Likely to Vote? The Impact of Ageing on Electoral Turnout in Europe. *British Journal of Politics and International Relations*, 9(1), 90-121. DOI: 10.1111/j.1467-856x.2006.00243.x
- Goerres, A. (2009). *The Political Participation of Older People in Europe: The Greying of Our Democracies*. Hampshire/New York: Palgrave Macmillan.
- González-Ricoy, I. (2016). Instituciones intergeneracionales y cortoplacismo político. *Revista Española de Ciencia Política*, 41, 67-92. <http://dx.doi.org/10.21308/recp.41.03>
- Hastrup, B. (2008). *The social contract: Between the generations*. Copenhagen: Multivers ApS Forlag.
- Hess, M., Nauman, E., & Steinkopf, L. (2016). Population Ageing, the Intergenerational Conflict, and Active Ageing Policies – a Multilevel Study of 27 European Countries. *Journal of Population Ageing*, 9(3). DOI 10.1007/s12062-016-9161-3
- IMSERSO (2011). *Envejecimiento activo. Libro Blanco*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.
- Kiisel, M., Leppik, M., & Seppel, K. (2015). Engaged and Critical? The Young Generation's Political Participation in EU Countries. *Studies of Transition States and Societies*, 7(3), 52-66.
- Konzelmann, L., Wagner, C., & Rattinger, H. (2012). Turnout in Germany in the course of time: Life cycle and cohort effects on electoral turnout from 1953 to 2049. *Electoral Studies*, 31(2), 250-261.
- Laborda, J. (2016). 26J y la necesidad de un acuerdo intergeneracional. *Voz Pópuli*, 6 julio.
- Martínez, T., Díaz, B., y Sánchez, C. (2006). *Los Centros Sociales de Personas Mayores como espacios para la promoción del envejecimiento activo y la participación social*. Oviedo: Gobierno del Principado de Asturias.
- Martinson, M., & Minkler, M. (2006). Civic Engagement and Older Adults: A Critical Perspective. *The Gerontologist*, 46(3), 318-324.
- Morales, L. (2005). ¿Existe una crisis participativa? La evolución de la participación política y el asociacionismo en España. *Revista Española de Ciencia Política*, 13, 51-87.
- Norris, P. (2017). Is Western democracy backsliding? Diagnosing the risks. *Journal of Democracy*, 28(2).
- Nygaard, M., & Jacobsson, G. (2013). Political participation of older adults in Scandinavia - the civic voluntarism model revisited? A multi-level analysis of three types of political participation. *International Journal of Ageing and Later Life*, 8(1), 65-96.
- Organización Mundial de la Salud (2002b). Envejecimiento activo: un marco político. *Revista Española de Geriátria y Gerontología*, 37(S2), 74-105.
- Pérez, J. y Llaneras, K. (2017). Dos generaciones que se dan la espalda. *El País*, 2 julio.
- Prieto, D., Herranz, D., y Rodríguez, P. (2015). *Envejecer sin ser mayor. Nuevos roles en la participación social en la edad de la jubilación*. Madrid: Fundación Pílares.
- Putnam, R.D. (2002). *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- Putnam, R.D. (ed.) (2003). *El declive del capital social. Un estudio internacional sobre las sociedades y el sentido comunitario*. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- Quintelier, E. (2007). Differences in political participation between young and old people. *Contemporary Politics*, 13(2), 165-180. DOI: 10.1080/13569770701562658
- Ramos, M^a. (2015). Cuatro gráficos sobre la brecha generacional el 20D. *Politikon*, 4 diciembre.
- Ramos, M^a., y Rivero, G. (2016). Cuando PP y PSOE perdieron a los jóvenes. *Ahora*, 41, 8 julio.
- Rodríguez, R., Rodríguez, P., Castejón, V., y Morán, E. (2013). *Las personas mayores que vienen. Autonomía, solidaridad y participación social*. Madrid: Fundación Pílares.

- Sánchez, C. (2015). La bomba demográfica estalla por primera vez en unas elecciones generales. *El Confidencial*, 2 diciembre.
- Serrat, R., Petriwskyj, A., Villar, F., & Warburton, J. (2017). Barriers to the retention of older participants in political organisations: evidence from Spain. *Ageing & Society*, 37, 581-606. DOI: 10.1017/S0144686X15001361
- Servicio de Investigación Social (2013). *La participación social de las personas mayores en la CAPV*. Bilbao: Fundación EDE.
- UNECE-United Nations Economic Commission for Europe (2009). Integration and participation of older persons in society. *Policy Brief on Ageing*, 4, November.
- UNECE/ European Commission (2015). *Active Ageing Index 2014: Analytical Report*. Geneva/Brussels: United Nations Economic Commission for Europe/ European Commission's Directorate General for Employment, Social Affairs and Inclusion.
- Schulz, J. H., & Binstock, R.H. (2008). *Aging Nation: The Economics and Politics of Growing Older in America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Sloam, J. (2016). Diversity and voice: The political participation of young people in the European Union. *The British Journal of Politics and International Relations*, 18(3), 521-537. DOI: 10.1177/1369148116647176
- Vallespín, F., y Martínez, M. (2017). *Populismos*. Madrid: Alianza.
- Willets, D. (2010). *The Pinch: How the Baby Boomers Took Their Children's Future—and Why They Should Give it Back*. London: Atlantic Books.
- Wisensale, S.K. (2013). Austerity vs. Solidarity: Intergenerational Conflict in the European Union. *International Journal of Humanities and Social Science*, 3(1).
- Wuthnow, R. (1996). *Actos de compasión*. Madrid: Alianza.
- Yelaja, S.A. (1989). Gray Power: Agenda For Future Research. *Canadian Journal on Aging / La Revue canadienne du vieillissement*, 8(2), 118-127.
- Zaidi, A., Gasior, K., y Sidorenko, A. (2010). *Solidaridad Intergeneracional: Retos Políticos y Respuestas Societales*. Vienna: European Centre for Social Welfare Policy and Research. Recuperado de <http://bit.ly/2mrYhWu>

